

## Atahualpa no pudo. Otro sí puede.

Andrew Stenhouse (1899-1991)

Arriba en la Cordillera de los Andes yacen muchos restos de la civilización incaica que existía antes de la llegada de los conquistadores españoles, y constituyen una gran atracción turística para muchos en el día de hoy. Pero para las personas informadas respecto aquella conquista, tales reliquias suelen evocar sentimientos de tristeza respecto a la tragedia que les sobrevino a ese pueblo de los incas y a su noble jefe Atahualpa, a quien veneraban como a un dios.

Al llegar Pizarro y sus hombres al lugar donde Atahualpa tenía reunidos sus nobles y gran parte del pueblo con el objeto de recibir a sus ilustres visitantes, no hubo ninguna señal de hostilidad, ni de parte de los unos ni de los otros. Pero los españoles no habían venido en visita de cortesía, sino en busca de riquezas. Mediante una estratagema de perfidia, hicieron preso al rey, matando a varios miles de sus súbditos, y encerrando a su víctima en un edificio bien guardado.

Entonces el monarca ofreció pagar una suma fantástica para obtener su libertad. Alcanzando con la mano la mayor altura que le fue posible tocar en la pared de la pieza donde estaba, dijo que podía llenar la pieza de oro hasta esa altura. (La pieza medía cinco metros por seis, y la altura señalada en la pared era de dos metros y medio). Dijo además que de la misma manera llenaría de plata la pieza adyacente. El pidió dos meses para reunir todo este botín, cuyo valor se calculó después en un millón trescientos veintiséis mil quinientos treinta y nueve pesos de oro.

Trabajaron afanosamente los fieles peruanos para traer esa enorme cantidad de todas partes del dominio de los incas en el tiempo estipulado, y alcanzaron hacerlo. Los conquistadores, sin embargo, no honraron su compromiso; más bien, sometieron a su víctima a una muerte horrenda. Su gran rescate no le pudo librar.

Pero sabemos de otro rescate de mayor valor que sí fue eficaz para procurar el objeto por el cual fue pagado. Siendo nosotros todos presos del pecado e incapaces de procurar nuestra liberación, el Salvador Jesús, en maravillosa gracia, se ofreció para pagar el costo de nuestra redención. El costo fue el sacrificio de sí mismo y el derramamiento de su preciosa sangre.

De esto da testimonio la Sagrada Biblia en las palabras de San Pedro apóstol al escribir él a creyentes en Cristo: "Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación", 1 Pedro 1.18,19.

La sangre preciosa de Cristo, derramada en el Calvario, es de más valor que todo el oro y la plata del mundo entero. Ningún rito, ningún santo, ninguna religión, ninguna obra nuestra puede hacer lo que aquella sangre hace si uno acepta aquella obra para sí. La muerte y resurrección de Jesucristo es lo único que vale para redimirnos de toda iniquidad, y de la condenación que todos merecemos.

“En el Amado”, dice el apóstol, “tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”, Efesios 1.7. ¿Tienes tú esta redención? ¿Desde cuándo? Si no, la puedes tener ahora y por la eternidad.